

CAPÍTULO III

Consecuencias políticas del conflicto entre las tradiciones y los principios revolucionarios durante un siglo.

§ 1.—CAUSAS PSICOLÓGICAS DE LOS MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS QUE HAN CONTINUADO EN FRANCIA.

Al estudiar en un próximo capítulo la evolución de las ideas revolucionarias desde hace un siglo, veremos las que se propagaron bastante lentamente al través de las diversas capas de la nación durante más de cincuenta años.

En todo este período, la gran mayoría del pueblo y de la burguesía las rechazó, y su difusión se operó solamente por un restringido número de apóstoles. La influencia fué, sin embargo, suficiente para provocar, gracias principalmente á las faltas de los gobiernos, varias revoluciones. Las resumiremos después de haber estudiado las influencias psicológicas que les dieron nacimiento.

La historia de nuestras agitaciones políticas desde hace un siglo, bastaría á probar, si todavía lo ignoráramos, que los hombres están gobernados por su mentalidad mucho más que por las instituciones que se pretende imponerles.

Nuestras revoluciones sucesivas fueron las consecuencias de luchas entre dos partes de la nación de diferente mentalidad. Una religiosa y monárquica, dominada por continuadas influencias ancestrales; otra sujeta á las mismas influencias, pero dándoles una forma revolucionaria.

Desde los comienzos de la Revolución, la lucha entre mentalidades contrarias se manifestó con toda claridad. Hemos visto que, á pesar de una terrible represión, las insurrecciones y conspiraciones duraron hasta el fin del Directorio. También dan á conocer cuán profundas raíces habían echado en el alma popular las tradiciones del pasado. En un momento dado, 60 departamentos se sublevaron contra el nuevo régimen, y no fueron contenidos más que por asesinatos, repetidos en grande escala.

Establecer una especie de transacción entre el antiguo régimen y las ideas nuevas, representa el problema más difícil que tuvo que resolver Bonaparte. Le fué preciso hallar instituciones que pudieran convenir á las dos mentalidades que á Francia dividían. Lo logró, según hemos visto, por medidas conciliadoras y también vistiendo con nombres nuevos cosas muy viejas.

Su reinado es uno de los raros períodos de nuestra historia, en que la unidad mental de Francia fué completa.

Esta unidad no puede sobrevivirle. Al siguiente día de su caída reaparecieron todos los antiguos partidos y subsistieron hasta nuestros días. Unos, aproximándose á las influencias tradicionales; otros, rechazándolas con fuerza.

Si este largo conflicto hubiera tenido lugar entre creyentes é indiferentes, no hubiera durado, puesto

que la indiferencia es siempre tolerante; pero la lucha se desarrolló, en realidad, entre creencias contrarias. La Iglesia laica tomó pronto una apariencia religiosa, y su pretendido racionalismo llegó á ser, sobre todo en la actualidad, una forma apenas atenuada del más estrecho y limitado espíritu clerical. Y ya hemos visto que no hay conciliación posible entre creencias religiosas desemejantes. Los clericales que estaban en el poder no podían, pues, mostrarse más tolerantes para los librepensadores que éstos lo son á su vez actualmente hacia aquéllos.

Á estas divisiones, determinadas por las diferencias de creencias, se superpusieron las que procedían de concepciones políticas decoradas de aquellas creencias.

Muchas almas sencillas creyeron durante largo tiempo que la verdadera historia de Francia comenzaba con el año I de la República. Este rudimentario concepto desaparece, sin embargo, actualmente. Los más inflexibles revolucionarios renuncian á creerlo (1), y reconocen voluntariamente hoy día que el pasado fué algo más que una época de negra barbarie, dominada por bajas supersticiones.

El origen religioso de la mayoría de las creencias políticas en Francia anima á sus adeptos de un odio inextinguible que sorprende siempre á los extranjeros.

(1) Se podrá juzgar de la evolución reciente de las ideas sobre este punto, por el siguiente párrafo de un discurso de M. Jaurés, pronunciado en la Cámara de los Diputados: «Las grandezas de hoy están hechas con los esfuerzos de siglos pasados. Francia no está resumida en un día ni en una época, sino en la sucesión de todos sus días, de todas sus épocas, de todos sus crepúsculos y auroras.»

«Nada más claro, nada más cierto, escribe M. Barret-Wendell en su libro sobre Francia, que este hecho: no solamente los realistas, los revolucionarios y los bonapartistas se han hecho siempre una mortal oposición, sino que, dado el apasionado ardor del carácter francés, tuvieron siempre unos por otros un profundo horror intelectual. Los hombres que creen poseer la verdad no pueden sustraerse de afirmar que los que no piensan como ellos son los sostenedores del error.»

Cada partido os dirá solemnemente que los abogados de la causa adversa padecen de una gran estulticia ó que no son honrados. Y, sin embargo, cuando halláis á estos últimos, que os dicen exactamente iguales cosas de sus destructores, no es posible hacer otra cosa que reconocer, con toda buena fe, que ni son estultos ni malos.»

Esta execración recíproca de los creyentes de cada partido, ha facilitado siempre entre nosotros las crisis de los Gobiernos y de los ministerios. Los partidos en minoría jamás se niegan á aliarse con el triunfante. Sabido es que un gran número de socialistas revolucionarios no han sido elegidos en la Cámara actual sino gracias al concurso de los monárquicos, siempre tan poco inteligentes como en la época de la Revolución.

Nuestras divergencias religiosas y políticas no constituyen las únicas causas de las disensiones en Francia. Son mantenidas por hombres que poseen aquella particular mentalidad, precedentemente descrita, bajo el nombre de mentalidad revolucionaria. Hemos visto que cada época presenta siempre un cierto número de individuos dispuestos á sublevarse contra el orden de cosas establecido, cualquiera que éste sea, y aun en el caso de llenar todas sus aspiraciones.

La intolerancia de los partidos en Francia y deseo de apoderarse del poder, están todavía favorecidos por la convicción tan extendida desde la Revolución, de que las sociedades pueden ser re-

hechas por medio de leyes. El Estado moderno, quienquiera que sea su jefe, ha heredado, á los ojos de las multitudes y de sus agitadores, el poder místico atribuído á los antiguos reyes cuando constituían una encarnación de la voluntad divina. El pueblo no es sólo en hallarse animado de esta confianza en el poder del Gobierno; todos nuestros legisladores lo están igualmente (1).

Legislando sin tregua, los políticos no llegan á comprender que siendo las instituciones efectos y no causas, no encierran en sí mismas virtud alguna. Herederos de la gran ilusión revolucionaria, no ven que el hombre está creado por un pasado, cuyas bases somos incapaces de rehacer.

La lucha entre los principios que dividen la Francia, mantenida desde hace un siglo, continuará sin duda alguna largo tiempo todavía, y nadie sabrá prever las nuevas agitaciones que podrá engendrar. Si los atenienses anteriores á nuestra era hubiesen adivinado que sus disensiones sociales les llevarían á la humillación de Grecia, hubieran renunciado indudablemente; pero ¿cómo podían haberlo previsto? M. Giraud escribe con razón: «Una generación de hombres raramente se da cuenta de la labor que realiza. Prepara el porvenir; pero este porvenir es á menudo lo contrario de lo que deseaba.»

(1) Á raíz de un artículo que publiqué sobre las ilusiones legislativas, recibí de uno de nuestros eminentes políticos, el senador M. Boudenoot, una carta, de la que reproduzco el siguiente párrafo: «Veinte años pasados en la Cámara y en el Senado me han hecho ver cuán en lo cierto estáis. ¿Cuántas veces he oído decir á mis colegas: «El Gobierno debiera impedir esto, ordenar aquello. Es culpa del Gobierno, etc.» Qué queréis: llevamos catorce siglos de atavismo monárquico en la sangre.»

§ 2.—RESUMEN DE LOS MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS EN FRANCIA DURANTE UN SIGLO.

Explicadas ya las causas psicológicas de los movimientos revolucionarios en Francia desde hace un siglo, será suficiente ahora presentar un cuadro sumario de nuestras revoluciones sucesivas.

Los soberanos coaligados, habiendo vencido á Napoleón, colocaron á Francia en sus antiguos límites y pusieron sobre el trono á Luis XVIII, único soberano posible entonces.

Por una Carta especial, el nuevo rey aceptó ser monarca constitucional con régimen representativo. Reconocía todas las conquistas de la Revolución: el Código civil, la igualdad ante la ley, la libertad de cultos, la irrevocabilidad de la venta de los bienes nacionales, etc. El derecho de sufragio estaba, sin embargo, limitado á los contribuyentes que pagaban cierta cantidad de impuesto. Esta Constitución liberal fué combatida por los ultrarrealistas. Antiguos emigrados, querían la restitución de los bienes nacionales y el restablecimiento de sus antiguos privilegios.

Temiendo que semejante reacción no trajese una nueva revolución, Luis XVIII vióse obligado á disolver la Cámara. Habiéndose elegido diputados moderados, pudo continuar gobernando con los mismos principios, comprendiendo perfectamente que pretender llevar á los franceses al antiguo régimen sería hacer que se sublevaran.

Desgraciadamente, su muerte en 1824, trajo al trono á Carlos X, antiguo conde de Artois. Muy

limitado, incapaz de comprender el mundo nuevo que le rodeaba y envaneciéndose de no haber modificado sus ideas desde 1789, preparó una serie de leyes reaccionarias: indemnización de mil millones á los emigrados, ley del sacrilegio, restablecimiento del derecho de primogenitura, preponderancia del clero, etc.

Mostrándose la mayoría de los diputados cada día más contraria á sus proyectos, dictó en 1830 las Ordenanzas disolviendo la Cámara, suprimiendo la libertad de imprenta y preparando la restauración del antiguo régimen. El efecto fué inmediato. Este acto autocrático determinó una coalición de los jefes de todos los partidos. Republicanos, bonapartistas, realistas y liberales se unieron para sublevar el pueblo parisién. Cuatro días después de la publicación de las Ordenanzas, los insurgentes eran dueños de la capital y Carlos X huía hacia Inglaterra.

Los agitadores del movimiento, Thiers, Casimiro Perier, Lafayette, etc., llamaron á París á Luis Felipe, cuya existencia ignoraba el pueblo, y lo hicieron nombrar rey de los franceses.

Colocado entre la indiferencia hostil del pueblo y la hostilidad de la nobleza, que permanecía fiel á la dinastía legítima, el nuevo rey se apoyó principalmente en la burguesía. Habiendo reducido una ley electoral los electores á menos de doscientos mil, esta clase social tomó parte exclusiva en el Gobierno.

La situación del soberano no era fácil. Tenía que luchar contra los legitimistas, partidarios de Enrique V, nieto de Carlos X; contra los bonapartistas, que reconocían como jefe á Luis Napoleón, sobrino del Emperador, y, en fin, contra los republicanos.

Por sus sociedades secretas, análogas á los clubs de la Revolución, éstos provocaron, de 1830 á 1840, numerosos motines, de fácil represión, sin embargo.

Por su parte, los legitimistas y los clericales no cesaban en sus intrigas. La duquesa de Berry, madre de Enrique V, intentó en vano sublevar la Vendée. En cuanto al clero, sus exigencias acabaron por hacerle tan intolerable que estalló una insurrección, en el curso de la cual fué devastado el arzobispado de París.

Los republicanos no constituían un partido muy peligroso, porque la Cámara estaba con el rey en su lucha contra ellos. El ministro Guizot, partidario de un poder enérgico, declaraba dos cosas indispensables para gobernar: «La razón y el cañón.» El célebre hombre de Estado se ilusionaba á buen seguro sobre la importancia de la razón.

A pesar de este «gobierno fuerte», que no lo era en realidad, los republicanos, y los socialistas sobre todo, continuaban agitándose. Uno de los más influyentes, Luis Blanc, pretendía imponer al Gobierno el deber de procurar trabajo á todos los ciudadanos. El partido católico, dirigido por Lacordaire y Montalembert, se unía á los socialistas—como hoy día en Bélgica—para combatir al Gobierno.

Una campaña en favor de la reforma electoral terminó en 1848 en una nueva revuelta, que destronó por sorpresa á Luis Felipe.

Esta caída estaba mucho menos justificada que la de Carlos X. Poco se le podía reprochar. Desconfiaba, sin duda, del sufragio universal; pero la Revolución francesa, más de una vez había desconfiado otro tanto.

No siendo Luis Felipe, como el Directorio, un

Gobierno absoluto, no podía como éste deshacerse de las elecciones que le dificultaban su acción.

Un Gobierno provisional se instaló en la Casa Ayuntamiento para reemplazar al monarca destronado. Proclamó la República, estableció el sufragio universal y decretó que el pueblo iba á proceder á la elección de una Asamblea nacional, compuesta de 900 miembros.

Desde los comienzos de su existencia, se encontró también el Gobierno expuesto á las maniobras socialistas y revueltas.

Se vieron entonces manifestarse de nuevo los fenómenos psicológicos observados durante la primera Revolución. Se formaron clubs, cuyos jefes lanzaban de vez en cuando el pueblo sobre la Asamblea por cualquier motivo, generalmente desprovistos del menor buen sentido: obligar, por ejemplo, al Gobierno á sostener una insurrección en Polonia, etc.

Con la esperanza de satisfacer á los socialistas, cada día más exigentes y agitados, la Asamblea organizó talleres nacionales, donde se hallaban ocupados los obreros en diversos trabajos. Había 100.000 hombres, que costaban más de un millón por semana al Estado.

Su pretensión de ser pagados sin trabajar, obligó á la Asamblea á la clausura de los talleres.

Esta medida fué origen de una formidable insurrección: se sublevaron 50.000 obreros.

La Asamblea, aterrorizada, confió todos los poderes ejecutivos al general-Cavaignac. Durante la batalla librada contra los amotinados durante cuatro días, perecieron tres generales y el arzobispo de París. Por decreto de la Asamblea fueron deportados á Argelia 3.000 prisioneros. El socialismo revolucio-

nario se vió aniquilado por el mismo golpe durante cincuenta años.

Estos acontecimientos hicieron bajar la renta de 116 francos á 50. Los negocios estaban paralizados. Los campesinos, que se veían amenazados por los socialistas, y los burgueses, cuya Asamblea había aumentado por mitad los impuestos, se volvieron contra la República, y cuando Luis Napoleón prometió restablecer el orden, se vió acogido con entusiasmo. Candidato al título de presidente de la República, que, según la nueva Constitución, debía de ser elegido por la universalidad de los ciudadanos, fué nombrado por cinco millones y medio de sufragios.

Pronto en conflicto con la Cámara, el príncipe se decidió á dar un golpe de Estado. La Asamblea fué disuelta, detenidas 30.000 personas, deportadas 10.000 y desterrados un centenar de diputados.

Este golpe de Estado, aunque sumario, fué aceptado, sin embargo, muy favorablemente, puesto que, sometido á un plebiscito, obtuvo siete millones y medio de sufragios, de ocho millones de votantes.

El 2 de Diciembre de 1852, Napoleón hacíase nombrar emperador por una mayoría más elevada aún. El horror que inspiraban á la generalidad de los franceses los demagogos y socialistas, había restaurado el Imperio.

En la primera parte de su existencia constituyó un régimen absoluto, y durante la última, un régimen liberal. Después de dieciocho años de reinado, el emperador se vió depuesto por la revolución del 4 de Septiembre de 1870, á continuación de su capitulación de Sedán.

Desde esta época, los movimientos revolucionarios han sido raros; el único importante fué la re-

volución de Marzo de 1871, que provocó el incendio de una parte de los monumentos de París y la ejecución de unos 20.000 insurgentes.

Á continuación de la guerra de 1870, los electores, que en medio de tantos desastres no sabían hacia quién volverse, enviaron á la Asamblea Constituyente diputados en gran parte legitimistas y orleanistas. No pudiendo entenderse para restablecer una monarquía, nombraron á Thiers presidente de la República; después lo sustituyeron por el mariscal Mac-Mahon. En 1876, nuevas elecciones enviaron á la Cámara, así como á todas las siguientes, una mayoría republicana.

Las diversas Asambleas que se sucedieron desde esta época, se fraccionaron siempre en numerosos partidos, que provocaban innumerables cambios ministeriales.

Gracias al equilibrio resultante de esta división de los partidos, desde hace cuarenta años hemos gozado de una tranquilidad relativa. Cuatro presidentes de la República han podido ser depuestos sin revoluciones ni motines, tales como las del Mediodía y de la Champaña, que no arrastraron graves consecuencias.

Sin embargo, un gran movimiento popular en 1888, estuvo á punto de acabar con la República, en provecho del general Boulanger; pero se ha mantenido y ha triunfado de los ataques de todos los partidos.

Diversas razones contribuyen al mantenimiento de la República actual. Primeramente, las pasiones que se combaten no son lo suficientemente fuertes para que una sola pueda ahogar las otras. En segundo lugar, siendo el jefe del Estado puramente decorativo y no poseyendo ningún poder, es imposible

atribuirle los males que se padecen y asegurar que las cosas cambiarían deponiéndole. En fin, estando distribuido el poder entre millares de manos, las responsabilidades se encuentran tan diseminadas, que es muy difícil saber á quién dirigirse. Se depone á un tirano; pero ¿qué hacer con una multitud de pequeñas tiranías anónimas?

Si fuera preciso resumir en una frase la gran transformación operada en Francia por un siglo de sublevaciones y revoluciones, podría decirse que consistió en reemplazar tiranías individuales fácilmente destituibles, y, por consiguiente, bastante débiles, por tiranías colectivas muy fuertes y difíciles de destruir. Entre los pueblos ávidos de igualdad y acostumbrados á hacer responsables á sus gobiernos de todos los acontecimientos, la tiranía individual parece insoportable, mientras que una tiranía colectiva se soporta fácilmente, aunque, generalmente, sea mucho más dura.

La extensión de la tiranía Estatista ha sido, pues, el resultado final de nuestras diversas revoluciones, la característica común á todos los regímenes que se han sucedido en Francia. Esta forma de tiranía, puede ser considerada como un ideal de raza, ya que nuestras agitaciones sucesivas no han hecho sino fortificarla. El Estatismo es el verdadero régimen político de los pueblos latinos, el único que gana todos los sufragios. Las otras formas de Gobierno, República, Monarquía, Imperio, representan vanas etiquetas, sombras impotentes.

TERCERA PARTE

EVOLUCIÓN MODERNA DE LOS PRINCIPIOS
REVOLUCIONARIOS